

JESÚS MAESO DE LA TORRE

Por el autor de *Oleum* y *Teodora*, la *Crisálida* de Bizancio

EL
AURIGA
DE
HISPANIA



HarperBolsillo

V. Chaco

JESÚS MAESO DE LA TORRE

EL
AURIGA
DE
HISPANIA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El auriga de Hispania
© Jesús Maeso de la Torre, 2004, 2022
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Publicado por HarperCollins Ibérica, S.A., Madrid, España.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Ibérica, S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónStudio
Imagen de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 978-84-18623-52-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Roma

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

La memoria de Bóreas

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

La memoria de Gálata

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

La memoria de Borístenes

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

La memoria de Pompeyano

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Roma

Año 146 d. C.

Capítulo I

UNA LLAMADA INESPERADA

El dueño de una de las más fastuosas villas de Preneste, un hombre dotado de distinguida presencia, alzó los ojos al oír el relincho de un caballo.

Sus pupilas se excitaron y aguzó los sentidos, pero solo olió el nacimiento de la primavera. No recordaba aguardar la visita de nadie hasta la noche, en la que celebraría el banquete de las fiestas Parentalias en honor de Eneas el Troyano, padre del pueblo romano. El recién llegado fue conducido a una estancia exornada de estatuas áticas y candelas que parpadeaban ante las máscaras de los antepasados. El mensajero compuso una reverencia, dedicándole una mirada de admiración al anfitrión que lo aguardaba en el centro de la exedra sumido en la duda.

—¡Salve! —lo saludó.

—Ave, Léntulo. ¿Qué te trae a Preneste? ¿Arde Roma quizá?

—Soy portador de un mensaje de tu amigo Aulio Galo Cimber, quien precisa con urgencia de tu inestimable ayuda —adujo grave.

—Siempre receló de los escribanos y prefiere las palabras. —Le sonrió—. Los ruegos de Galo siempre serán escuchados con respeto en esta casa. ¿Le ocurre algo? Habla sin reservas.

—El asunto que te voy a anunciar precisa de total discreción.

—Salid y cerrad la puerta —ordenó a los esclavos.

Aunque en la expresión del enviado afluía un matiz de circunspección, sus palabras aletearon inquietantes, como un mal augurio. El emisario avizó la cabeza en su derredor recelando de la presencia de algún testigo inoportuno y comenzó a narrarle en tono enigmático el motivo que lo había traído desde Roma. Pero no bien hubo iniciado su perorata, discretamente se entreabrió una cortina y una mujer prestó atención a la conversación entre su esposo y el visitante.

—Galo te transmite el deseo de que la diosa Fortuna te favorezca en tu retiro, que no se atrevería a profanar si no fuera porque una artimaña de imprevisible gravedad se está urdiendo a espaldas del muy amado Antonino Pío.

—¿De nuestro emperador? —se extrañó visiblemente.

—Así es, *domine*. Resulta que Galo, en su responsabilidad como edil imperial, ha alertado al príncipe Marco Aurelio de una trama relacionada con nuestros intereses y encaminada a socavar las finanzas del Imperio. Cuestión espinosa.

—¿Tan grave es el asunto?

—Así lo cree Aulio Galo —insistió—. Sostiene que de nuevo la tribu hispana, como ya sucediera en tiempos de los divinos Trajano y Adriano, es hostigada desde las sombras y es preciso actuar unidos frente a una anónima perversidad.

—Cuando se apela a la sangre se han de olvidar los provechos propios —replicó agriando el semblante.

—Galo te ruega encarecidamente que te reúnas con él a la hora tercia de mañana en la cercana casa de postas de Tres Tabernae, en la Vía Prenestina, y allí, lejos de oídos ajenos, te desvelará más detalles de este delicado tema que precisa de tu irreemplazable concurso en Roma —repuso.

—¿Me necesita de veras? Si el motivo es tan grave, ¿por qué no ha advertido directamente al emperador a través del prefecto, o de Julia Balbila, su amiga y confidente de la hija del César? —dijo—. Aulio pertenece al restringido mundo de las amistades de la princesa asiática.

—Deseará escuchar antes tu leal opinión —reconoció.

El insólito mensaje pareció sacudir la tierra bajo sus pies. Desconcertado, dio rienda suelta a las más inimaginables conjeturas, mientras negros pensamientos se precipitaban por su mente. Pero el deseo de Aulio Galo, persona muy apreciada por él, constituía el único poder que podría apartarlo de su irrevocable decisión de no regresar a Roma. Retirado del mundo, saboreaba los placeres de la vida sencilla y le costaba interrumpirlos.

—Además me ha entregado esta moneda, asegurándome que tú sabrás interpretar su significado —afirmó adoptando un tono misterioso.

Y con parsimonia sacó de su faltriquera un denario de oro que entregó al dueño de la casa, quien al exponerlo a su examen brilló diáfano, cegando sus ojos. Reflexionó y recordó que había visto una pieza semejante, cuando su amigo y César Adriano sofocara años atrás la rebelión de Judea y le fuera mostrada en las termas por el senador Lucio Cómodo como botín de guerra. Luego, estupefacto, musitó las dos palabras grabadas en su anverso: *Jerusalén y Libertad*.

¿Qué significaba aquella extraña leyenda con la que el dueño de la casa parecía evocar un gravoso recuerdo?

Por una inesperada cabriola del destino, tres faros sugestivos lo convocaban de nuevo a Roma, uno era la nostalgia del emperador Adriano y la curiosa moneda, otro Aulio Galo, a quien quería como a un padre, y finalmente la hermosa Julia Balbila, a quien había mencionado, la más afamada poetisa y astróloga de Roma, cuyo lecho había calentado muchas noches, provocándole aún fascinación.

Su mujer, Camila, que seguía escuchando sigilosamente tras la cortina, se limitó a fruncir el ceño, pues no ignoraba que a su marido y a la libertina Julia los unía una antigua y turbulenta relación amorosa, cuyas ascuas creía extinguidas en el rescoldo de su corazón. Intrigada, meditó qué negocio de tan capital importancia habría impulsado a Galo a rogarle que quebrantara su promesa de no regresar a Roma hasta no saciarse de quietud y reposo.

No obstante, esperaba que se resistiera a aceptar la invitación. Ella se sentía feliz al verlo alejado de Roma, en aquel apacible vergel abrazado por los montes Albanos y las umbrías del Tíbur. ¿Acaso Roma no se había convertido en el trono de la vanidad donde hasta el aliento poseía su precio, una cárcel dorada en la que tan solo importaba la consecución de una fortuna apresurada y no la honradez de la República? Pero sabía que su esposo no tenía elección, y aunque solo fuera por saciar su malsana curiosidad, accedería a entrevistarse con su padrino.

Camila, alarmada, se esfumó silenciosamente por las pérgolas del jardín, sumida en una honda preocupación. Y entre suspiros, musitó:

—¡Que la divina Hera, protectora de esposos, nos preserve!

Después de unos instantes de juiciosa reflexión, el anfitrión se pronunció:

—Léntulo, me resisto a renunciar a mis excursiones a Baulas y Misena, a holgar en las termas de Nesis, y a ascender al amanecer al monte Pausílipo para presenciar el nacimiento del sol, como hiciera en algunas ocasiones junto al divino Adriano, pero no puedo negarme al deseo de tu amo.

—Puede que sea por poco tiempo —repuso, aun sabiendo que mentía.

—Trasmítele a Aulio Galo que no faltaré mañana a la cita.

La esposa del anfitrión se acordaba muy bien de Julia, a la que odiaba visceralmente. Camila era una guapa mujer

que siempre se mantenía en segundo plano, como buena romana, y digna en el trato con sus invitados y amigos. Se sentó en un escaño y recordó el día en que conoció a Julia y al que ahora era su esposo, hacía veinte años. El pecho le palpitaba mientras le brotaban las imágenes. Las percibía con nitidez, aun a pesar del tiempo transcurrido. Ella estaba allí en la villa de la princesa asiática, invitada con su padre Floro el Griego, el poderoso secretario del emperador Adriano.

Para la entonces joven Camila, aquella exótica mujer era la mezcla perfecta de la sutileza y la erudición, aunque también de la perfidia femenina. Desde el primer instante le había parecido una encantadora de serpientes, una diosa salida de un recóndito *fanum*^[1] sirio dispuesta a devorar corazones de hombres. Su tentador retrato y la fama entre la aristocracia romana habían espoleado sus ansias por conocerla. Desde pequeña sentía una congénita pasión por las mujeres originales a las que intentaba imitar, antes de ser invitada al Palatino a las fiestas del emperador. La jovencísima Camila no podía sustraerse al panal de miel que suponía para sus fantasías juveniles, ajena a que le aguardaba un volcán que conmocionaría su vida.

Trajo a la memoria el ocaso de aquel día lejano, y la estampa del horizonte del Tíber, cuando apareció el elegante patricio Galo Cimber acompañado de un joven con rostro de halcón y mirada soñadora que convulsionó los pulsos de sus venas, agitando su pecho como si galopara dentro de él un potro salvaje. Era el recuerdo más intenso de su juventud. La mirada soñadora del invitado denotaba despego de lo trivial, y la nariz aguileña y su carnosa boca, franqueza y sinceridad. Su mandíbula era angulosa y la frente despejada, en la que caracoleaban unos cabellos rizados y castaños, según la moda griega.

Camila jamás olvidaría la expresión candorosa del recién llegado, y la mirada de insensible pantera de la princesa. Las columnas resplandecían en abanicos de luz,

prestándose de escenario a un coro de mujeres que danzaban con Julia al son de un arpa griega, y que bajo velos de Zedán, se contoneaban con impudicia.

—¡Ave!, la flor más olorosa de Oriente —la saludó Galo.

—¡Salve, querido Galo, y a tu honorable compañía! —replicó jadeante—. Acomodaos y bebed mientras admiráis la danza de Adonis.

Según la inclinación del deseo, una mujer sabe cuándo un hombre es hermoso si al contemplarlo siente que le arden las entrañas, y la garganta de Camila era una hoguera. Pero para su desdicha también percibió que el acompañante de Galo se quedaba fascinado con la figura de Julia. Miraba el diseño perfecto de su semblante, la clámide griega de color verdemar, los pies descalzos y la nitidez de sus rasgados ojos como hechizado. Se manifestaba como una soberana y su sonrisa negligente hizo que el corazón del joven amigo de Galo Cimber apurara sus latidos.

—Princesa, eres como el perfume de un sicomoro, y doy gracias a Mitra por haberte conocido —le dijo embelesado, y Camila sintió que la punzada de los celos le rasgaba el alma.

Los labios de la astróloga se abrieron henchidos de promesas, esbozando una sonrisa conquistadora, mientras rogaba a su aturdido huésped:

—Por favor, llámame siempre Julia.

Camila, entristecida, pensó que la confidente de Adriano podía helar el corazón del hombre que se acercara a ella. No obstante, su conversación era sugestiva y, tras un galanteo con el recién conocido, lo acarició sensualmente, sometiéndolo después a un exhaustivo examen sobre su vida.

A la cena habían acudido invitados asiduos de su casa, una princesa sármata rehén de Roma, de enfermiza figura y extravagante atuendo; el entonces senador Aurelio Antonino y su esposa Annia Faustina, que era tenido por estudioso de la cosmografía, ciencia en la que se había

instruido en Susa, siendo procónsul en Siria, conocimientos que compartía con la bella anfitriona. Asistían también al banquete otros influyentes personajes de Roma, que libaron en honor del emperador.

Julia ocupaba el triclinio de honor y entre la *gustatio* y la *prima cena* los deleitó con recitaciones de la *Eneida* y con versos de su propia inspiración, que declamó con voz sugerente. Camila no le quitaba ojos y reparó en que mostraba una indisimulada atracción por el joven amigo de Galo. Con un gesto arrebatador, Julia se inclinaba sobre la bandeja y le ofrecía cerezas almibaradas, fruta que los enamorados se ofrecen en señal de amor, mientras un efebo, bello como Cupido, tañía una lira tendido en un diván de marfil.

Poco a poco se entremezclaron los senos desnudos, las síntesis vaporosas, los sedosos sexos, los mantos púrpuras, las curvas sinuosas, las muselinas, las togas con palmas de oro y los espesos maquillajes en un delirio de promiscuidad, al que la hija de Floro era ajena. Y Julia vino al fin a salvar su apurada situación.

—Quienes deseen conocer su futuro en las estrellas que me sigan al *planetarium* —los invitó, y la siguieron algunos comensales que aún se tenían en pie o no habían buscado pareja.

Pocos repararon en los que seguían a Julia, entre ellos Camila y el recién llegado, que se dejaba llevar con docilidad movido por una complicidad sin límites con la hermosa astróloga. Camila observaba que el distinguido joven se sentía unido a aquella mujer de mirada felina con un ardor que rayaba el fervor, y que se sometía a sus deseos sin rebeldía.

Y según los instintos femeninos de Camila, el joven se había prendido a los encantos de la princesa y a su estela de fascinación como el trueno sigue al relámpago. Reparaba con irritación que todo su ser era atraído por la beldad asiática y, olvidándose de cuanto lo rodeaba,

intentaba derribar sus muros, asediándola con galantería. Julia los condujo con ademanes de misterio a una estancia situada en el mirador de la casa, que ella denominó como *pyrateia* —el lugar que mantiene el fuego sagrado—. En Roma se decía que pronosticaba el futuro en un extraño ojo de cristal de origen egipcio guardado por monstruos inanimados pero perennemente vigilantes. Encendió unas lámparas y el difuso claror puso de manifiesto la magnitud de sus tesoros personales, esferas de cristal de roca, figuras de coral negro, amuletos sirios, discos con los siete dioses astrales, cuernos de marfil y astas de narvales, que con la luz parecieron cobrar vida propia.

Algo insondablemente majestuoso los sobrecogió y sus gargantas trepidaron por la subyugadora atracción que les confería el misterioso *planetarium*.

Un estante de cedro del Líbano atesoraba tablillas de geomancia asiria y rollos que según las palabras de la princesa guardaban las enseñanzas de Hermes, Zoroastro, Demócrito y Ptolomeo, y un volumen de cuero que pregonaba con letras rojas como el *Agatodemón* egipcio, el hermético libro de los diez rangos místicos consultado por los astrólogos caldeos para sus adivinaciones.

Un universo de fantásticos arcanos transfiguraba el aposento en un lugar que infundió a los convidados una paz sosegadora; tenía forma circular y resultaba ser un sugestivo museo de arte y excentricidades, cálido y acogedor. En unos anaqueles se ordenaban redomas en las que en griego podía leerse: baaras, raíces contra los genios maléficos, calcedonia o antiveneno, ópalo de bactriana contra abortos y el venenoso cinamomo de Arabia. Julia se acomodó en un asiento y en tono secreto les explicó:

—Aquí, en este *planetarium*, escribo mis versos, trazo las líneas del cosmos, los calendarios, los presagios de mis horóscopos, y estudio los ciclos del cielo.

—Seductor lugar para consolarse con el estudio —adujo el invitado.

—Las incógnitas de las estrellas me fascinan —les aseguró la anfitriona mientras encendían las lámparas que alumbraban el techo.

Al instante la luz de las candilejas se encumbró hacia la techumbre iluminando una cúpula de cristal, un prodigio del ingenio arquitectónico. Ante los ojos atónitos de sus invitados se abría un mundo donde se aglomeraban los cursos celestes y las divisiones geométricas del espacio, es decir, los signos del Zodiaco con sus moradas astrológicas, con las que Julia elaboraba sus horóscopos, por los que según Galo cobraba verdaderas fortunas.

Y como si una cenefa mágica los sostuviera, rielaban en nácar las estrellas judías, los aros sidonitas y los nombres olvidados de Mitra y Ahura, los dioses de sus antepasados seléucidas. El joven comensal se quedó petrificado, pues parecía hallarse en el interior de un templo de Nínive o Susa, lleno de misterios aterradores.

—Veo que eres una mujer consagrada a la sapiencia del cielo —le aseguró.

—¿Y sabes qué es lo que me fascina de esta ciencia astral?, el oír el apacible bisbiseo de las estrellas junto a mi corazón y saber que un día regresaré a ellas.

Contemplaban absortos la esplendorosa imitación del firmamento, los planetas y las luminarias suspendidas en la bóveda celeste que Julia, en su erudita soledad, había construido secretamente, y les aseguró que bajo aquella cúpula acristalada examinaba los destinos de los hombres más poderosos de la tierra.

—El cielo posee una fuerza ineluctable y por este tragaluz espío sus tránsitos irrefutables con la ayuda de Apolo Febo, dios de la adivinación.

—Todos los mortales estamos atados a los designios de las estrellas.

—Y a las evoluciones de los astros, que si no deciden nuestro destino sí lo orientan con sus influjos —le atestiguó—. No cabe duda de que tu fulgurante carrera está dictada

por el cielo; y el hecho de que Adriano se fijara en un desconocido como tú, cosa paradójica en él, me ha chocado sobremanera. Si me concedes tu anuencia desearía bucear en tu futuro y acudir al vaticinio del espejo de Tiy, la Gran Esposa Real del faraón Amenhotep y madre de Akhenatón, el hijo predilecto del Sol. Sus revelaciones resultan inequívocas e irrefutables. ¿Lo deseas?

Los convidados no articulaban palabra, pues un ambiente de enigmas hervía en la estancia donde Julia practicaba sus predicciones en la reserva de su intimidad. ¿Se trataba de hechicería, de sabiduría, de irreverencia a los dioses? Pero nada atraía más a un romano que una adivinación emanada de los centros mágicos del Egipto faraónico. El joven no sabía qué responderle, pero ¿se iba a negar al oráculo de la astróloga de Adriano, de la emperatriz Sabina y de muchos reyes, a precio de oro?

—Si tú lo quieres, quién soy yo para contradecir tu ciencia —dijo.

Julia, como una hechicera emergida del pozo del tiempo, se dirigió al centro de la sala, donde se erguía un llameante pebetero de oricalco[2] adornado con estatuas de animales esotéricos, el toro minoico, un ibis alado, el símbolo de la vida persa, un grifo babilónico y un león de Susa. Se inclinó, y de un arcón de marfil extrajo el óvalo de oro purísimo que poseía el extraordinario don, un espejo de dos palmos esmeradamente pulido que reflejó el rostro cobrizo de Julia. Lo tomó por su asidero de ébano y a la media luz de los lampadarios lo enfrentó al fuego, en cuyas ascuas fue derramando los óleos rituales, alzándose al instante altas llamaradas.

Y en el más prodigioso de los embrujos el espejo se cubrió primero de un vaho tenue y luego se fueron reflejando en él los fulgores de las llamas, apareciendo unas sombras informes y vibrátiles que a los pocos instantes se transmutaron en perfiles reconocibles, pareciéndole a todos imágenes análogas a unos caballos

que galopaban ralentizadamente acosados por otras siluetas amorfas, hasta desaparecer por el borde del espejo, en una inaudita secuencia que duró solo unos instantes, pero de asombrosa claridad. La astróloga siguió mirando el espejo y se ensimismó en una absorta reflexión. Lo prodigioso los sobrecogió, y hasta Julia palideció. Sus estirados ojos y su exquisita nariz aleteaban. Camila advirtió que la aceitunada tersura de la piel de Julia se tornaba lívida. Al cabo, en medio de un silencio inviolable, desaparecieron las figuras de sus miradas atónitas, y hasta Camila ahogó un grito de admiración, boquiabierta y abrumada.

Julia, mujer intimada con lo mágico, era la viva estampa de la perplejidad, y Camila iba de la fascinación por los misterios del *planetarium* a la creciente atracción que sentía por aquel joven predilecto el destino.

—*Equus ad gloriam!* (Caballos hacia la gloria) —exclamó balbuceante—. Nunca se me habían revelado unas apariencias con tan meridiana clarividencia.

—Sorprendente —saltó el huésped pasmado—. ¿Y qué predicen?

—¿Y me lo preguntas tú a mí? —tartamudeó alarmada, enmudeciendo.

La astróloga le aseguró luego con la mirada álgida y los ojos entornados.

—Hacía meses que el óvalo de Tiy no se me manifestaba, y por Isthara que lo ha hecho con un augurio pasmosamente claro. Tu vida está unida al riesgo, al azar, a la pelea, a los carros aqueos, a la victoria, también a la sangre, a la pasión brutal, al dolor de tus semejantes y a los caballos, los mensajeros de la guerra, de la contienda y de la liza, que te conducirán por igual al dolor y a la amargura, pero también al triunfo y a la celebridad.

—Me basta con ser paciente con mi propio sino —dijo, y su réplica los agradó.

Julia se hallaba presa de una confusión rayana en el estremecimiento.

—¿Conoces tu signo zodiacal? —se interesó de nuevo, excitada.

—Sí, nací en el signo del Ánfora,[3] en la Lusitania hispana, justo cuando el lucero del alba clareaba el cielo en los *nones* de *februarius*[4] del año 857 de la fundación de Roma —reveló el invitado.

—Me has intrigado y deseo conocer también las respuestas de los astros sobre tu azarosa vida. La señal del espejo me ha perturbado, pues rara vez se muestra.

Julia olvidó a sus otros invitados y centró su saber sobre su desconocido huésped. Colocó sobre sus rodillas el *Agatodemón* y una escribanía, marcó luego sus ascendientes con un punzón, determinando la alineación del Sol, de Saturno, Júpiter y Mercurio, el planeta que al parecer gobernaba su vida. Siguiendo procedimientos aritméticos, los cuatro elementos y las casas astrológicas, aplicó sus habilidades de clarividencia, revelándole los signos fastos y nefastos de su devenir ante la curiosidad de los asistentes.

Y como si profanara lo más íntimo de su ser, le desveló misteriosa:

—¡Y además Mercurio el mensajero, y Marte deidad de la guerra, te amparan! —se extrañó—. Inconcebible tu sino, te lo aseguro. Indudablemente, mi afortunado amigo, los astros te han asignado además el papel de conciliador, pues posees una morbosa fascinación por lo desconocido, el valor, la lucha y por la estricta justicia, y es la primera vez que estas dos divinidades se me asocian juntas a un mortal sin ser rey, y he sentido agitaciones. ¡Ni el emperador es tan amado por los dioses como tú!

—Excúsame, pero no puedo vanagloriarme con tus augurios, aunque me siento aturdido. Esas imágenes del espejo egipcio jamás las podré olvidar. La Memoria de los Caballos de Tiy, las llamaré —dijo extrañamente

premonitorio—. Aguardaré lo que mi sino me fije, aunque no creo que alcance lo que me predices.

Después de tan insustituibles experiencias, platicaron sobre la misteriosa lámina de la faraona devota de Athor, la diosa de la muerte, de cuyo templo había sido extraída, y Camila supo algo de su vida, pero sin conseguir que le dedicara una sola palabra o una simple mirada de simpatía. El desconocido no reparó en ella ni un instante y solo tenía ojos para Julia, que le escanciaba vino en su copa y le abría su corazón como la flor se abre al rocío. La princesa lo hizo confidente de sus sentimientos, de las experiencias con la familia imperial, de sus añoradas raíces hispanas y sirias, y aunque el joven quiso atraerla hacia sí varias veces, ella lo rechazaba con rudeza, como un inaccesible fortín. Pero ante la insistencia del invitado, su fortaleza se disipó, y lo besó con pasión, mientras sus ojos cuajados de pestañas negrísimas lo miraban con arrobo.

—No te sientas turbada, Julia, nos amaremos con sosiego —la animó—. Ebe, diosa de la juventud eterna, te ha concedido su don natural.

—Sí, no debemos ofender a Ebe, a quien venero. Prolonguemos en nuestros cuerpos lo que su voz nos ha inspirado —le dijo afectuosa.

Julia tiró de él hasta su alcoba, y Camila sintió una dolorosa decepción. Aquel atractivo muchacho, para ella desconocido pero admirado, ni tan siquiera había advertido su presencia, embelesado como estaba con la princesa seléucida.

Camila siguió hurgando en sus recuerdos con insistencia, recordó la predicción del espejo egipcio con turbación y percibió que, aunque su juventud permanecía en la sombra, aquel recuerdo de la pérfida princesa astróloga y sus esotéricos augurios prevalecía aún con fulgor. Notó un sordo dolor en su alma y una respuesta de inquietud. Su esposo era como entonces un hombre valeroso, esforzado y sencillo, pero Julia Balbila aún seguía comportándose como

un áspid de dientes afilados, y se preocupó. No le agradaba que tuviera que regresar a Roma y volver a relacionarse con algunas de las hienas que habitaban la *domus* del emperador Antonino.

Emitió un hondo suspiro y volvió para cuidar sus flores preferidas, un bancal de lirios blancos que rodeaban una estatua de Afrodita de Pafos.

El día siguiente, quinto de las calendas de marzo, amaneció lustrando de gris las ramas de los árboles. La incierta luz del amanecer fue disipando la bruma que lamía las columnatas del templo de Fortuna Primigenia encaramado en la montaña de Preneste, el centro de negocios más importante del Lacio, que a aquella temprana hora se llenaba de banqueros procedentes de Roma, Spoletium y Antium.

La puerta de la villa se abrió y compareció el dueño, cuya expresión era la viva imagen de la determinación. Ataviado con el *birrus* —capa de viaje—, se tocaba con un pétaso de piel, amplio sombrero para protegerse del sol y la lluvia. Sus ojos estaban fijos en su esposa Camila Flora, una matrona de grácil esbeltez y cabellos como el trigo maduro. Sus dos hijos, Nevio, un mozalbete de mirada cándida, y Drusila, muchacha de incipiente belleza, habían acudido al atrio a despedirlo.

—La distancia es corta y antes del anochecer habré vuelto, Camila. No hace falta que me acompañen. Además, el astrólogo me asegura que el día es fasto. Así saldremos de dudas sobre las alarmas del buen padrino Aulio —aseguró a su esposa.

—Espero que solo sea eso. Que Mercurio te acompañe —replicó risueña, aunque recelaba que tras la llamada se ocultara alguna perfidia de Julia Balbila.

Tras el estímulo de Camila, cruzó la verja coronada con cabalgantes racimos de lilas y montó el alazán con una

agilidad desacorde con su edad, pues pasaba de los cuarenta años, aunque su fibroso cuerpo revelaba que visitaba el gimnasio con asiduidad. Era un hombre fornido, de nariz aquilina, piel curtida y sutiles arrugas verticales indicadoras de una obstinada voluntad. Sus amigos lo tenían por un alma espontánea que atemperaba en dosis perfectas el arretrato y la afabilidad, el tesón y la indolencia y la fidelidad con la egolatría personal, dejando fácilmente profanar su intimidad cuando requerían su favor o afecto.

Hombre admirado en Roma, jamás había caído en la trampa de las influencias de quienes lo adulaban y no solía traicionar sus principios. Fiel a sus creencias, los únicos ídolos de su devoción lo constituían la familia, los ritos del dios Mitra que seguía con místico fervor y aquellas tierras que cultivaba con sus propias manos. Lejos del bullicio de Roma y ajeno al semillero de intrigas de la Domus Augustana,[\[5\]](#) ocultaba su identidad en aquel plácido lugar embebido en la soledad de las florestas, en la caza y en la crianza de caballos.

Apenas rayaba el día, cuando se adentró en la calzada que conducía a Roma. Se cruzó con cuadrillas de labradores que con las alforjas al hombro se dirigían a cultivar las heredades, con literas cerradas y con algunas redas de pasajeros, carruajes que abandonaban la diversoria de Preneste, el albergue donde se cambiaban los tiros y estiraban las piernas los viajeros. En un gesto instintivo besó un amuleto que le colgaba del pecho para conjurar los sortilegios con las efigies de Alejandro el Macedonio, del dios Mitra y la diosa Epona. Según marcaba el cipo que traspasó, le quedaban aún dos millas[\[6\]](#) y espoleó la montura mientras rumiaba sobre el motivo de la llamada de Galo, que indudablemente debería guardar relación con la moneda dedicada a la insurrección de la nación judía contra Roma.

«En una hora las incógnitas se despejarán», pensó, y aceleró el trote.

Tras cabalgar la mitad de la distancia, detuvo el caballo. Oculto en un bosquecillo de mirtos cerca del camino espejó la blancura de un templete dedicado al dios Silvanus, la deidad de los montes y arboledas, y como acostumbraba en sus viajes a Roma, se detuvo para dedicarle una ofrenda. El solitario santuario poseía una singularidad que lo atraía, pues bajo el ara ardían los granos de incienso sin ascuas, tal vez porque bajo su suelo discurriera un venero de aguas termales. Desmontó y ató la brida en un decrepito enebro, aproximándose al altar. Un mantillo de flores amarillas lo circundaban, en tanto que un silencio sedoso acecinaba la atmósfera.

El jinete aspiró el bálsamo de los pinos y sus ojos se clavaron en las gradas del templo. Un cosquilleo le subió por la espalda y apostó sus músculos en tensión. Había un hombre tendido en las escalinatas y no sabía discernir si se trataba de un devoto orante o estaba malherido, por lo que se sobresaltó. ¿Un accidente? ¿Un repentino vahído? ¿Atacado por un salteador que no respetaba ni lo más sagrado? Una corriente de sospecha perturbaba la sacralidad del lugar, pues nada justificaba la presencia de aquel desconocido de semejante guisa. Escudriñó con recelo los alrededores buscando al sacerdote que cuidaba del oratorio y en su mirada afloró un alarmante temor.

Al pasar de la luz a la penumbra del templete, un vaho de sombras le impidió identificar al individuo caído, que olía a vino barato y sudor. Pero, de súbito, el cuerpo tendido se removió como el de una culebra mientras otra silueta deforme surgía inesperadamente a sus espaldas. La esponjosa alfombra del prado había amortiguado el ruido de sus pasos y no lo había notado. Las pupilas se le reavivaron con el peligro en el momento en el que una porra de hierro relampagueó en la opacidad del templo.

Su agilidad y fortaleza impidieron que el golpe fatal le aplastara el cráneo, instante que aprovechó para golpear en pleno rostro al otro atacante, que se dio de bruces en el

suelo entre gemidos de dolor. Sin embargo, no pudo evitar que el otro falso devoto le asestara un golpe con el hierro entre la sien y la oreja derecha, brotándole un reguero de sangre. Su cuerpo se tambaleó y cayó en las losas como un fardo mientras observaba vagamente cómo uno de los asaltantes arrastraba a su compañero inerme y maldecía:

—¡Malditos sean los perros del averno, qué fatalidad!

Se oyeron ecos de cascos de caballerías, posiblemente de la guardia urbana, y los dos asaltantes huyeron por una trocha robándole el alazán y una bolsa donde guardaba la moneda judía y unos sestercios de plata. El agredido sintió un vacío en la cabeza, como si la vida se le escapara sumiéndolo en las brumas del sueño. La oscuridad lo iba envolviendo y el templo vacilaba en una alucinación de distorsiones, presto a caer sobre él y aplastarlo.

Su ingrátido cerebro se fue hundiendo en el abismo de la nada mientras unas náuseas espantosas le ascendían por la garganta. Y mientras perdía la percepción del mundo, reparó en su desmayo cómo el ordenado mosaico de su vida saltaba hecho añicos, y la razón, en una vibración interior, le borraba la noción del tiempo y sus recuerdos, que se le escapaban en una tolvanera de negras ensoñaciones.

Después se hizo la nada y la más total de las inconsciencias.

Volvió en sí de la oscuridad a la luz, pero no recordaba nada.

Arrastrado por la tibieza del sol escuchó el bullicio de la calzada, el trino de los pájaros y la armonía del bosque, invadiéndolo una rara sensación. Tras unos instantes de relajo se palpó el cuerpo e invocó sus recuerdos, pero, por más que lo procuraba, las imágenes que habían jalonado su inmediata existencia no comparecían al reclamo de su cerebro, perdidas en una sensación de ausencia. Aterrado, comprobó que había descarriado la memoria y que a pesar

de sus denodados esfuerzos no conseguía hallar lo que su voluntad solicitaba. Había extraviado su identidad.

Se preguntaba quién era y qué le había acontecido, pero ninguna respuesta de su antigua naturaleza germinaba en su mente, que en una sorprendente ruptura con el pasado se negaba a responderle. Algo así como si hubieran pintado con un tizón negro su memoria y su raciocinio hubiera sido ahuyentado, impidiéndole regresar a su viejo mundo. El golpe lo había convertido en un extraño para sí mismo.

El pasado se le había desvanecido como los jirones de la niebla ante el sol, y su memoria retrospectiva, en una fatídica sucesión de ausencias, naufragaba en el más absoluto de los olvidos. Intentó recomponer los últimos momentos vividos antes de ser golpeado, pero el epitafio de su vida lo había borrado un tallador caprichoso sin dejar vestigios. No recordaba qué hacía en aquel lugar, ni lo que había realizado en los días y meses anteriores, como si un mal viento los hubiera desvanecido, o un perturbado gobernara su pasado. El golpe, que ahora le dolía como si un clavo candente lo taladrara, había invertido el reloj de arena de su vida, arrinconándola caprichosamente en el más nefando de los olvidos.

Ni un solo pensamiento remoto, ni una remembranza. Solo la nada.

Sepultado en un limbo fantasmal, su mente no le permitía traspasar el umbral de sus evocaciones más inmediatas, transmutándolo en un ser sin nombre. Y amargamente desconcertado, sometía a prueba una y otra vez su cerebro para restituir el compendio de su universo, pero la cerradura de sus vivencias estaba sellada. Sin embargo, de repente, como un único eslabón de la memoria extraviada que aún le permitía asirse al pasado, sus labios resecos balbucieron un nombre y un objeto cuya afinidad ignoraba:

—¿Galo?..., yo portaba una extraña moneda. —Era cuanto rememoraba.

Y como el náufrago a la tabla salvadora se acogió a aquellas desconocidas identidades, pues los motivos que lo habían llevado hasta allí seguían erráticos e inexplicablemente ocultos en la esfera infinita del extravío.

«¿Quién soy yo? ¿Qué hago en este lugar?», se preguntaba alarmado.

Reparó en la presencia del dios Silvanus, rodeado de flores y de argeos,[\[Z\]](#) en las redomas de vino y en los panes de las dádivas desperdigados por el suelo en una anarquía de cristales y cascotes rotos. Se palpó el reguero de sangre reseca que se perdía por el hombro, sintiendo una sed espantosa.

Comprobó que el morral, su única esperanza de recobrar la verdad, contenía un trozo de cecina, una ferralla ibera y la redoma de vino que pensaba ofrendar a la deidad. Palpó el talismán que le colgaba bajo el atuendo y lo remiró con intenso interés, pero ni las efigies del anverso ni del reverso le despertaban la más mínima mención sobre su persona.

—Parece que no me han expoliado del todo, pero ¿por qué? —conjeturó.

Comenzó a razonar de una manera absurda, aunque para su satisfacción notó que conocía los objetos animados o inanimados que lo rodeaban. Sabía que había llegado a aquel lugar procedente de alguna parte, ¿pero de dónde?, que vestía ropas costosas y que se dirigía a alguna parte ahora anónima para él. ¿Lo aguardaba alguien? ¿Qué tenía que ver con el asalto una extraña moneda cuya procedencia y efigie no podía precisar? De vez en cuando, como una luminiscencia repentina, invocaba el nombre surgido al despertar, pero sin lógica aparente para su perplejo juicio.

«Galo, Galo», se repetía. «¿Seré yo mismo?».

Se atrincheró asustado en el fortín de su angustia mientras recapitulaba el desbarajuste de las imágenes recientes. Miró a su alrededor y no vio a ningún testigo que le relatara algún detalle capital o un legado sutil de sus

recientes pasos, por lo que se sumió en la desesperanza. Interpretó que había adquirido una nueva percepción de la realidad, como si todos los genios subterráneos se hubieran confabulado para mofarse de él y enviarlo a otra vida, vulnerable y sin memoria.

Se veía a sí mismo como un actor en la escena que había olvidado su papel y aguardaba el reproche del público, o como un impostor que hubiera violado un universo ajeno. Resignado a su suerte, todo le resultaba odioso, y decidió, como mecanismo de defensa, no salir a la calzada donde podían tomarlo por loco, sino aguardar en la soledad del bosquecillo unas horas con la esperanza de hallar una voz, un lugar o una imagen que le devolvieran su identificación y el arca de sus recuerdos extraviados.

¿Ocultaría su vida algún secreto críptico y temible? Sin embargo, lo único cierto era que su capacidad de evocar se había convertido en un jeroglífico imposible de recomponer. Y en aquel momento, con un porvenir vacilante, se sentía indefenso y marcado por el vacío y el desgarramiento interior. Estaba aterrado.

La materia de sus recuerdos se había desvanecido, y prisionero de un pasado anónimo, su vida se había convertido en un libro con las páginas en blanco y cerrado bajo la llave de la desesperación.

[1] *Fanum*: templo.

[2] Oricalko: bronce de la Bética, cuya secreta aleación procedía de los orfebres tartesios y turdetanos.

[3] Los romanos, inclinados a los horóscopos, llamaban al signo de Acuario el Ánfora.

[4] *Februarius*: mes de la purificación, donde se celebraban las *februas* o ceremonias del Año Nuevo. Año F. Roma de 857, corresponde al 104 d. C. de nuestra era, en tiempos del emperador Trajano.

[5] Palacio de los césares en la colina Palatina de Roma.

[6] La milla romana equivalía aproximadamente a un kilómetro y medio actual.

[7] Argeos: figurillas de barro, junco o mimbre que ofrecían los romanos a sus dioses.

Capítulo II

JUSTICIA DE ROMA

Rumbo a lo inexplorado y en una huida a ninguna parte, traspasó la espesura por donde habían desaparecido los asaltantes. Buscaba una respuesta.

Aunque retraído, se aventuró a través de los hayedos indagando una pista, pero tan solo encontró un calvero donde regateaba un venero de aguas cristalinas. Se curó la herida colocándose un apósito de hojas y barro, y sació la mortificante sed en el arroyo. Luego se sentó en una piedra y se detuvo a disponer en orden los últimos acontecimientos vividos.

Devoró el pan con miel, acompañándolo con unos sorbos de vino, y en una irrupción de júbilo comprobó que oculta en la costura del cinturón guardaba uno tras otro una retahíla de al menos treinta ases de oro, que siempre solía llevar disimulados para una imprevisión. «¿Pertenezco a una familia acomodada?», cavilaba observando las rutilantes monedas.

Pasó las horas absorto en deliberaciones inaccesibles, y al amparo de la frondosidad caminó con paso vacilante por un laberinto que comunicaba entre sí los campos de labor. No halló ningún rastro de quienes habían intentado eliminarlo, ni tampoco caras conocidas, y las esperanzas de encontrar un vínculo con el pasado se le esfumaban

mientras bordeaba las haciendas protegidas por jaurías y esclavos armados que lo hicieron retroceder.

El paisaje no le era familiar, ni las granjas, ni las quintas de recreo, ni los sembrados de trigo, ni las viñas o los hórreos de heno. Prefirió no comunicarse con ningún semejante de los que avistaba, pues, aunque le descubrieran el lugar donde se encontraba, la ignorancia de su nombre y procedencia convertirían en inútiles sus curiosos, si antes no lo tomaban por perturbado y lo apedreaban.

«Ni tan siquiera sé quién soy», pensaba aterrado.

Hablaba para sí mismo en un soliloquio de locura, sumido en la amnesia de sus evocaciones, repitiendo palabras que le demostraran que únicamente había descarriado los recuerdos, pero no el lenguaje y la comprensión de cuanto le rodeaba. Al fin, verificando que no estaba inmerso en un mal sueño sino en una cruda verdad de olvidos, llegó a la conclusión de que por el fatal golpe se le había alterado en su cerebro la memoria de sus actos pasados.

Compareció el ocaso cubriendo el vacío con un manto de soledad, y en lontananza distinguió oscilantes antorchas que se movían de un lado para otro como ojos de cíclopes en la oscuridad. Temeroso se ocultó en unas zarzas mientras contemplaba cómo las estrellas se adueñaban del firmamento. Devoró un trozo de cecina, unos ajos silvestres y unas moras, que paladeó como si fueran néctar celestial.

—Mi mente se ha vuelto una tumba de secretos, pero ¿cómo abrirla? —caviló.

Improvisó un lecho entre un tronco reseco y unos matojos, y ajeno a las criaturas invisibles que se adueñaban de la noche, se arrugó como un gusano herido entre la capa y el matorral, sumiéndose en un sueño de pesadillas.

La luz del día le provocó la idea de que, si regresaba al camino imperial, alguien podría reconocerlo y devolverlo a

su casa, aunque una ojeada a su desaliñada presencia y su fea herida, le aventuró dificultades. Reconoció su lenguaje y fue consciente del mundo en el que vivía, y esa certidumbre lo reconfortó. De todas formas, intentaría procurarse un baño reparador y comer decentemente en algún mesón, por lo que le pareció una idea inspirada.

Con una sucia e incipiente barba, la túnica enlodada, los brazos invadidos de rasguños y con una costra sangrante en el rostro, volvió sobre sus pasos, agitado por la ansiedad. Regresaba como un hombre diferente y sin memoria, cuando de entre la espesura surgió la blancura del templo de Silvanus. La respiración se le aceleró y por sus pulsos corrió la linfa de sus venas. ¿Y si hallara en el recinto algún indicio que lo reconciliara con el pasado? Entrevisó entre las columnas la silueta del sacerdote que lo cuidaba y el corazón se le alegró. A él acudiría, confiándole sus pesares y rogándole auxilio.

Pero el augur al ver surgir la fantasmagórica aparición de entre el follaje lo miró con recelo y pareció asustarse, por lo que huyó despavoridamente hacia la calzada imperial. Quiso detenerlo y explicarle su situación, pero al instante se oyó el chirriar de los ejes de un carromato, el galope de caballos y el tumulto de hombres armados. Se regocijó al reconocer a los *vigiles* que rondaban cerca de las ciudades del Imperio, pero receló al ver cómo se le acercaban precavidos y con gesto adusto.

—¡Es él, lo he reconocido! —lo acusaba colérico el sacerdote—. Se trata del sacrílego que ayer desparramó las ofrendas por el suelo y ultrajó al dios Silvanus. Lo vi esconderse en el bosque tras perpetrar su fechoría.

Sin darle tiempo para que despegara los labios y explicara el error deshonesto del oficiante del dios, se abatieron como una manada de lobos sobre el desconocido, le arrebataron el morrión y, tras golpearlo de forma inmisericorde, lo redujeron maniatándolo con grilletes. El